

EXCURSIÓN AL PARRISAL DE BECEITE

11-05-2013

El día 11 de mayo, el Club de Montaña había programado una excursión a uno de los grandes tesoros del siempre sorprendente Teruel: el Parrisal de Beceite.

Es una excursión que el Club ya había programado hacía algunos años, también en primavera, y cuyas anécdotas acudieron a la memoria de quienes repetíamos haciendo grato el recuerdo y grande la nostalgia.

La mañana de ese sábado luminoso, después de tomar el consabido café en Valderrobres, continuamos con los coches hacia Beceite y continuando por caminos de huertas en un estallido de amapolas a cada paso, accedimos a la zona de aparcamiento controlado del Pla de la Mina. Allí se dejan los coches y comienza la excursión. El camino transcurre durante algo menos de un kilómetro por la llamada “pre-ruta” un paseo ancho transitable hasta por carritos de bebés que termina en la primera pasarela sobre el río. Allí, en un remanso represado que invita al baño, un cartel nos quita la idea prohibiéndolo, por ser ese mismo agua del que se abastece el pueblo de Beceite. La ruta comienza así en un entretenido discurrir de pasarelas en ocasiones, y otras veces troncos o incluso un gran pino caído sobre el agua, que permiten ir remontando el río en las zonas de mayor profundidad; un paso directo sobre la roca mojada con pasamanos sujeto en la roca da el toque deportivo a la excursión, aunque la tónica general es el agua tranquila y profunda que permite observar a cada paso el plácido nadar de la trucha arcoiris, mientras que en zonas menos profundas es el croar de las ranas y el salto de algún sapo lo que nos acompañaba. Este año la primavera está generosa y la vegetación es exuberante; el agua baja profusamente y hay que poner a prueba el goretex de las botas para evitar mojarse; otros directamente pasan al plan B y se ponen los calzados de agua; los constantes vadeos del río siguiendo el sendero de subida al Parrisal dan para mucho, y algunos aprovechan el titubeo en los pasos para atacar de modo inmisericorde a los incautos, tirando piedras al agua y salpicando una y otra vez a los sufridos montañeros.

Avanzando la excursión el sendero sale del río y sube a media ladera por el bosque de pinos y encinas, muchos de ellos tronchados, o directamente arrancados por la fuerza de la tormenta de nieve ocurrida en el mes de febrero; y mirando más arriba el cielo se dibuja por las caprichosas formas de las montañas calizas, como los Moletes de Arany acompañados por el vuelo majestuoso de los buitres leonados y el águila real.

Llegando al final del recorrido, las grandes moles de piedra sobre el agua, que hay que trepar si no se quiere o no se puede andar por el cauce, esconden a la izquierda la delicada cascada que baja desde el paso del Romeret, y más al fondo “los Estrechos”, una cúpula natural formada por dos paredes verticales de piedra de unos 60 metros de altura que se cierra en la parte superior. Allí, bocadillo para todos, y el valor de algunos que se atrevieron a avanzar metiéndose en el agua para remontar algo más el Matarraña y tratar de acercarse a la Font de Teix.

La vuelta se completó en algo más de dos horas por el mismo camino. Un día más de disfrute de la naturaleza y de la montaña en compañía de otras catorce personas (entre las que había dos hijas de socios de 14 años que esperamos ver en muchas más) que espero disfrutaran de la excursión tanto como yo.